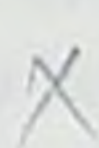




X JOSE E. MUÑOZ



LAS PIEDRAS PRECIOSAS EN LA MEDICINA

Forzosamente, he de empezar esta disertación, manifestando que el tema apasionante y novedoso de ella, quizás pudo haber sido mejor tratado por un médico. A mi atrevimiento de hoy, no tengo más disculpa que una invencible atracción por mi oficio de Químico en el que, muchas veces me tocó estudiar minerales y piedras (preciosas o no) y, una inclinación fuerte, así mismo, hacia la Historia de la Ciencia y sus relaciones con la Medicina, con el Arte, con la Sociología, y hasta con la Política.

Si mis palabras de esta tarde no son todo lo elocuentes, brillantes y doctas, pido perdón por ello y, agradezco, desde ya, por vuestra gentileza en escucharme con paciencia y con bondad.

Es indudable que el hombre —y mucho más la mujer— se sintió atraído siempre, por el encanto y el brillo de las gemas. Y, no se puede negar tampoco la influencia que sobre el espíritu ejercen los colores modificando, inclusive su conducta y, hasta su capacidad de trabajo, lo que ha terminado por establecer, en nuestros días, la llamada **"Terapia de los colores"** que tiene sus antecedentes en la célebre Teoría de Gothe y, pasando por la **"Teoría de los estratos"** de Retacker, la **"Teoría de los estados de ánimo"** de Oscar F. Bollnow, incluye los modernísimos estudios de W. Hoch y Frieling en su **"Teoría psicológica de los colores"** y la **"Ley de la visión"** de Nietzger.

Y, las piedras preciosas tienen de color y de misterio; de brillo y de sombra; de atracción y de encanto sutil y poderoso.

No era, ni es extraño, por consiguiente que, desde la más remota antigüedad, las piedras preciosas entraran en la Terapéutica, como agentes medicinales a las que se atribuían propiedades —leves o poderosas— específicas para ciertos males; o como profilácticas ya no simplemente de enfermedades, sino lo que era más importante en los viejos tiempos de más acentuada superstición; para precaverse de las influencias misteriosas de la brujería y de los maleficios.

Y esto último que es el fundamento de una tradición popular y milenaria, tiene puntos de contacto con la Ciencia actual ya que, físicos, químicos y mineralogistas, hoy día, conocen los fenómenos eléctricos que tienen su sede en los minerales. Por lo mismo; no debemos extrañarnos de que la mente popular atribuya virtudes mágicas a las piedras preciosas y, una acción benéfica o maléfica a sus portadores.

Pero pasemos ya, al umbral de esta disertación: la Historia de la Farmacia y de la Medicina, nos enseñan el sitio respetable que ocuparon los minerales en las farmacopeas antiguas ya sean babilónicas, griegas, chinas, romanas, árabes y hasta americanas.

Esas remotas ideas, pasan de siglo en siglo y de Escuela en Escuela, hasta el 1600 y mediados del 700, en que la **"Lito-terapia"** —con su derivación obligada del uso de los **"talismanes"** y **"amuletos"**— alcanza una gran boga, al extremo que, aparecen en las Farmacopeas de entonces, las clasificaciones de las piedras preciosas y de los minerales con sus propiedades y aplicaciones.

No tenemos por qué admirarnos de esto; baste recordar que la Medicina y la Farmacia, estuvieron tan influenciadas por la Astrología que, sesudos autores de la época ordenaban en sus Tratados que los médicos se abstuvieran de efectuar operaciones en fases de la Luna no propicias; ni que se recolectaran especies medicinales, sino teniendo en cuenta el ciclo lunar y la posición de los Planetas.

Pero aquí, talvez bien puede hacerse una pregunta: el espíritu positivista contemporáneo, se ha librado completamente de estas ideas?

Talvez no. Y, no solamente se adhiere todavía a ellas, en este campo, sino que, como una antítesis a tanta conquista científica y técnica, conserva el gusto por lo misterioso, por lo imprevisto, por lo raro, al extremo que hoy —como ayer— los gabinetes de los pseudo-magos y psico-terapeutas, de los adivinadores "echadores de cartas", de quirománticos y otros por el estilo; están llenos de gente que se dice "culto", pero que aún cree ciegamente en los veredictos de aquellos y, lo que es peor, a algunos les concede más fe y crédito para la curación de sus dolencias, que a los médicos y a los medicamentos salidos de los grandes laboratorios.

La introducción de los elementos minerales en la Terapéutica viene, como hemos dicho antes, desde los más remotos tiempos. Así por ejemplo, en Grecia, después de Hipócrates, los médicos se interesan en el valor terapéutico de las piedras y Theofrasto escribe su **"Tratado de las Piedras"** Aristóteles estudia las virtudes de las gemas y, el mismo Dioscórides, consagra un libro a ellas, en su **"Materia Médica"**. En Roma, Plinio en el XXXVII Libro de su célebre **"Historia Natural"**, trata de las piedras preciosas en su aspecto medicinal.

Cuando el Cristianismo empieza a expandirse en el Mundo antiguo, se cambian las concepciones paganas y míticas de las piedras preciosas, por el simbolismo cristiano, resumido en el Siglo II, por San Melitón, Obispo de Sardes, en su Libro **"La Llave"**.

Mas este, **"culto lapidario"** que es una mezcla de superstición y misticismo; de credulidad y simbolismo, va a transmitirse a los lapidarios occidentales de la Edad Media, mientras que los Arabes, más bien alcanzan progresos en la verdadera **"Lito-terapia"**, enriqueciéndola con su propia experiencia y, por ser los herederos de la cultura greco-romana. Sinembargo, tampoco ellos pudieron prescindir de las creencias en las virtudes del rubí, por ejemplo, el que llevado en el dedo, hace aparecer más grande la talla del portador, le fortifica el corazón, le garantiza contra la peste y el rayo; que puesto sobre la lengua, calma la sed y da fuerzas contra las tentaciones. Ellos también siguieron atribuyendo a la esmeralda, la virtud de alejar los demonios y espíritus malignos, curar las picaduras de víbora y, fortificar la vista; al cristal de roca atribuían la virtud de librar de los malos sueños, etc., etc.

Los lapidarios que se multiplicaron en Occidente, en la Edad Media, aceptaron esas y otras ideas más ingenuas; pero, en medio de todo ese montón de peregrinas supersticiones, es posible encontrar, algunas veces, hechos interesantes.

En cuanto al origen de las piedras preciosas, las ideas fueron, igualmente fantásticas. Los viejos alquimistas y los viejos médicos espagiristas (que aplicaban los medicamentos minerales), pensaban que, las piedras preciosas se formaban en el centro de la tierra, gracias al agua salina que se coagulaba poco a poco; cuando esta agua llegaba a los sitios en que se encontraban los metales, absorbía, entonces, su **"ser"** o sustancia y se coagulaba con ellos. Este principio metálico, llamado por los antiguos **"azufre"** comunicaba el color a las piedras y, en cuanto al diamante y al cristal de roca, permanecían incoloros porque no habían sido impregnados por ningún **"azufre"** metálico. Por esas razones, el rubí y el granate, debían su color al principio del oro o **"azufre solar"**; el zafiro debía el suyo a la plata y al **"azufre lunar"**, la esmeralda y la crisolita, al antimonio y al cobre; el topacio y el jacinto, al hierro y así, sucesivamente.

Esas ideas persisten hasta la época de Glauber (1604-1688) que emite su singular teoría de la formación de las piedras preciosas, por las **"semillas metálicas"**, lanzadas a la Tierra, por los elementos del Fuego y por los astros; semillas que irían creciendo y alejándose en las porosidades de la Tierra que serviría como de una verdadera matriz, que las convertiría en piedras preciosas, después de haberlas dado color y dureza.

A principios del siglo XVIII, Nicolás Venette publica todavía su **"Tratado de las piedras que se engendran en la tierra y en los animales"**, en el que, a más de reproducir las ideas antiguas, añade algunos conceptos curiosos sobre las piedras opacas como las ágatas, los ópalos y las calcedonias, de las que dice "han sido formadas por un jugo puro y diáfano, se han ablandado con un poco de tierra fina y suelta o ahumada por una exhalación impura".

Pero ya para entonces y, estando en boga la Astrología, entra en juego el valor y significado astral que, a su vez irá también a influir en la lito-terapia y se prolongará hasta la época actual. En efecto, se asignan las siguientes correspondencias con los signos del Zodiaco.

Granate	Acuario
Amatista	Piscis
Rubí	Aries
Zafiro	Taurus
Agata	Géminis
Esmeralda	Cáncer
Diamante	Leo
Cornalina	Virgo
Agua-marina	Scorpio
Topacio	Sagitario
Turquesa	Capricornio



Si nos fijamos en este cuadro, veremos que, hasta hoy día, subsisten esas correspondencias y por eso, en los horóscopos, se adjudican esas piedras a los nacidos en los meses correspondientes a las constelaciones zodiacales citadas.

Bajo la influencia cristiana y hebraica, el simbolismo va a encontrar nuevas correspondencias entre las gemas y las jerarquías celestes. Así, por ejemplo, el topacio representará a los querubines y al Apóstol Santiago, lo mismo que la inmovible solidez de la vida contemplativa; la esmeralda representará a los ángeles, al Apóstol Juan y la fe íntegra; el sardónix a los arcángeles, al Apóstol Bartolomé, a los mártires y al misterio de la Cruz, etc.

De la creencia en las virtudes de las piedras preciosas, no se libran ni las mentalidades tan altas como la de Alberto el Magno, que las atribuye propiedades sobrenaturales; ni Glandville, ni García Jardín autor de la **"Historia de las Drogas"** que alcanzó gran boga, hasta comienzos del siglo XVII.

Es curioso anotar que, en ninguno de los escritos de la célebre Escuela de Medicina de Salerno, se haga mención de las piedras preciosas, ni de ningún otro mineral, como medicamentos. Hay que espe-

rar el siglo XV, para verlas aparecer en las recetas médicas, como las publicadas por Clovis Brunel, en las que se asigna ya, un cierto papel a los medicamentos minerales como el mercurio, el oro, el hierro, el plomo, el verde gris, el vitriolo, así como al ágata, el berilo, la cornalina, la esmeralda, el zafiro.

La oposición —o por lo menos la duda— científica y racional sobre las virtudes curativas de las piedras preciosas, aparece claramente, solo a fines del siglo XVIII, cuando Antonio Beaumé publica, en 1773, sus **"Elementos de farmacia teórica y práctica"**, en donde dice: "Se las atribuye virtudes cordiales; pero a la presente, se ha corregido este error y, es cierto que ellas no pueden tener más que efectos perniciosos, no siendo, en manera alguna, atacables por nuestros humores, ocasionando, más bien, pesantez en el estómago. Cuando esas piedras no han sido perfectamente molidas, sus moléculas groseras pueden incrustarse en las paredes del estómago y de los intestinos y desgarrar esas partes, como lo haría el vidrio molido". Beaumé solo reconocía algunas virtudes a las perlas, al coral y a la coralina.

Y, en este momento hemos llegado ya, al punto que justifica el título de esta conferencia y al interés de este auditorio, para saber cuál fue el uso y cómo se hizo el empleo de las piedras preciosas en la Medicina; uso que, inútilmente, intentó revivir Murray, en EE. UU., a comienzos de este siglo, bajo el nombre de **"Petro-terapia"**, reanimando, sin embargo, con gran fuerza, la idea de los **poderes y virtudes ocultas** de aquellas.

Revisaremos en la forma más concisa y rápida posible, las virtudes, propiedades, usos y simbolismos de las más importantes y conocidas piedras preciosas, empleadas, en una u otra forma, por la lito-terapia antigua. Empezaremos por el **Diamante**.—La más valiosa, dura y transparente de todas las piedras y, sin embargo, químicamente, la más sencilla: es carbono puro. Simboliza, la pureza, el valor, la nobleza y, por eso dicen, se ablanda en presencia de un criminal, lo que, según el Talmud hebreo, permite a los Tribunales, un juicio rápido y fácil.

Fue ya conocido por los Hindúes y, los Arabes parece que fueron los primeros en haber encontrado un uso quirúrgico del diamante. El médico Teifaschi escribe: "Cuando una persona está afectada de un cálculo en la vejiga o en el canal de la uretra, se toma un grano de diamante y se lo fija, sólidamente, con mástic, a una varita de cobre o de plata y, enseguida se introduce este aparato hacia el cálculo. Se puede, por un movimiento de torsión dado a dicho aparato, destruir el cálculo". Y, en el **"Libro de las Piedras"** de Ibn Baitar, se consigna una técnica análoga.

Jean de Bondaroy, en el siglo XVI, dice que el diamante calentado, es utilizado por las mujeres embarazadas para apresurar el parto, cuando se lo coloca sobre el vientre.

En el siglo XVIII, en Europa, todavía el diamante gozó de reputación para proteger contra los venenos y de la melancolía e impedir la acción de los "**filtros**" y otros brebajes amorosos. Jean de Mandeville, decía que: "actúa contra enojos y discusiones y contra la fantasía y vanidad; destruye el encantamiento y la brujería y, si es regalado por un amigo a otro amigo, tiene más fuerza y virtud que si fuera comprado". Estas virtudes (o atribución de virtudes), evidentemente vinieron propagandas desde remotos tiempos, por los lapidarios Hindúes que decían del diamante que "aparta los peligros de las serpientes, del fuego, de las enfermedades, de los ladrones, del agua y de los maleficios; da prosperidad, dicha, niños, riqueza, granos, vacas y ganados....".

Pero, si el **uso externo** resultaba benéfico, no así el interno: la absorción de polvo de diamante, era mortal. Los Birmanos la consideraban tan fatal como el arsénico.

En cambio Monardes, médico árabe, cita entusiastamente, el caso de una mujer que curó con polvo de diamante, a su marido afectado por una antigua disentería, "sin ningún peligro ni molestia".

Por su parte, los alumnos de Paracelso, aseguraban que su Maestro murió, por haber absorbido el polvo de diamante.

Zafiro.—El nombre le viene del hebreo "sappir" que significa "objeto de belleza", o "la cosa más bella". Parece que primero se lo conoció en Libia y en las Indias.

A esta piedra se le atribuyeron —y hasta época reciente se le atribuye— virtudes medicinales y poderes ocultos.

Entre las primeras, F. de Mey, en su "**Historia de las Ciencias**" (1902), dice que, como medicamento "el zafiro en poción alivia los dolores de la mordedura del alacrán; se lo bebe también para las ulceraciones intestinales y es igualmente saludable, para las excrecencias que salen por los ojos, detiene los estafilomas y las pústulas y cierra las desgarraduras de las membranas". Y, en cuanto a los poderes ocultos, el mismo Mely transcribe el consejo de un lapidario griego que decía que: "Llevar esta piedra conviene para la buena digestión y la erección para aquellos ya viejos y a los que se quieren entregar a los placeres del amor; por último, hace agradable al que lo lleva".

En la Edad Media gozó de prestigio como buen remedio para enfermedades de la vista, contra la mordedura de diversos animales, contra los sudores profusos, las úlceras, pero "a condición de que quien lo lleve, se comporte castamente".

Como se ve, hay alguna contradicción en atribuir propiedades a esta piedra y, así mismo, algunos autores antiguos le asignaban una "na-

turalaleza fría" (Hildegarde y Berquen) y otros, una **"naturalaleza cálida"**.

Alberto el Magno, Bondaroy y Cardan, ponderaron también las virtudes del zafiro contra los venenos y hasta llegaron a afirmar que: "una aplicación prolongada de un zafiro de buen tamaño, sobre un tumor o un ántrax, puede procurar la curación de un enfermo".

La fama del zafiro contra los venenos se prolongó, hasta la época de Luis XI, quien al reconciliarse con su hermano, el Duque de Guyena, regaló a éste, una taza de oro adornada con rubíes, zafiros y esmeraldas y le dijo: **"Señor: soy feliz al ofreceros esta taza adornada de piedras preciosas que, según la virtud que se les atribuye, os preservarán de los envenenamientos"**.

Pero, quien más habla con entusiasmo y amplios detalles de las virtudes terapéuticas del zafiro, es Boetus de Boot y señala multitud de formas de administración del polvo suspendido en manteca fresca fundida, en leche, en aceite o, en forma natural aplicado al cuerpo. El elenco de enfermedades aliviadas o curadas por el zafiro, según ese viejo autor, va desde las afecciones oculares, hasta las diarreas, la disentería, las hemorragias nasales, la viruela, las fiebres malignas, las enfermedades cardíacas y las melancolías; aparte de que confiere vigor y resistencia, paz, serenidad y castidad, por lo que —dice— deben usar en sus anillos los Obispos y otras personas eclesiásticas que han hecho votos de castidad ante Dios. Y termina las recomendaciones, indicando las técnicas para obtener los diversos medicamentos a base del zafiro.

Rubí.—Mineralógicamente hablan, el rubí como el zafiro, pertenecen a la familia del corindón. El rubí, por lo tanto, es una variedad roja del corindón. Su patria fue la India, desde donde llegan, todavía, las mejores calidades y especialmente las que proceden de Burma. Pero existen también buenos yacimientos de rubí, en Borneo, Madagascar, Australia y América.

La Medicina y la Alquimia antiguas, le asignan virtudes muy parecidas a las del zafiro: eficaz contra el veneno de las serpientes, protege de la peste, ahuyenta la tristeza, reprime la lujuria, evita los malos pensamientos, las pesadillas y conserva el cuerpo sano, al decir de Boot y, Jean de Renou dice que "todo rubí es grandemente cordial y resiste a todo veneno y corrupción".

En muchos relatos antiguos, aventuras caballerescas y leyendas, al rubí se le da el nombre de **"carbunclo"** y se decía que era de carbunclo el ojo que adornaba la mitad de la frente del dragón mitológico.

Jean Fabre, médico de Montpellier, en su "Pharmacopea Chímica" de 1628, consigna una enrevesada y larguísima técnica para la

preparación de la **"quinta-esencia del rubí"**. El proceso de preparación de ésta, parece que no duraría menos de 60 días y, si al final "ella (la quinta-esencia)", no está roja, será necesario añadir nuevos rubíes pulverizados y digerirlos de nuevo, hasta que resulte bien coloreada. Entonces se la conservará en frasco bien cerrado, para servirse en la ocasión".

Y en cuanto al uso como "talismán", los antiguos le atribuían un poder contra los espíritus malignos, contra la ansiedad y la tristeza y eficaz contra los venenos. Más cerca de nuestros tiempos, se le atribuía la cualidad de volver enérgico y apasionado a quien lo llevara y, mucho más se aumentan estas cualidades, si en la piedra se ha grabado una serpiente.

Berilos.—La familia del berilo comprende: el propio berilo, el agua-marina, la esmeralda y la **"esmeragdofrasia"**.

El berilo ya fue conocido por los antiguos. Plinio sospechó que era una variedad de la esmeralda y, solamente, a principios del siglo XIX, el químico Vauquelin, pudo establecer que esta piedra era un silicato de glucinio y de aluminio. Además se comprobó que si el aluminio es substituído por pequeñas cantidades de cromo, se originaba la esmeralda; si lo es por el hierro, se produce la **morganita** y el **heliotropo** y en fin, si lo es por el litio, se produce el suave tinte del **"agua-marina"**.

El berilo gozó fama como remedio contra todas las afecciones de la boca y de la garganta y mezclado con una sal de plata, para combatir la lepra. Alivia a las mujeres encinta y les preserva del aborto. Tomado como bebida, alivia el asma y combate la debilidad del hígado, al decir de Boot, quien describe, además, con precisión, la manera de usar el berilo para las enfermedades de los ojos, aun las más graves.

Los poetas medievales, cantaron encendidamente las virtudes del berilo: **"Por él, el esposo ama a la esposa/ Da su corazón y da su cuerpo/ Berilo acrecienta la fuerza/ de los ojos que han vertido llanto/ y aquel que bebe al instante/ cura su hígado/ Al hombre que lleva sobre sí el berilo/ su palabra será creída/ y donde encuentra esta piedra/ el diablo huye sin descanso"**, dice un viejo poeta citado por Félix Herman.

El **Heliotropo** fue, en cambio, la piedra de los nigromantes. Juntamente con la planta y la flor del mismo nombre y, con la ayuda de una cierta fórmula cabalística, hacía invisible a quien lo poseyera. Además, combatía los venenos, conservaba la salud, aumentaba la longevidad y contenía los flujos de sangre.

El **"agua marina"**, gozaba de crédito antiguamente, para impedir los eructos y los suspiros. Y, Robert de Berquen, en el siglo XVII

aseguraba que, con el agua-marina "la navegación era feliz, por largo y peligroso que fuera el viaje". Las mujeres la preferían a toda otra piedra, porque aseguraba la armonía entre los esposos (?).

La Esmeralda.—Hoy, como hace más de 2.000 años, esta piedra es altamente cotizada y apreciada. Recordemos que Cleopatra (la verdadera, no la actual de Richard Burton), obtuvo grandes rentas de la explotación de las minas de esmeraldas que poseía en el Alto-Egipto y, el anillo del tirano Polycrates, estaba adornado de la más bella esmeralda conocida en Grecia.

No es raro, pues, que se le haya atribuído —como a ninguna— tantos poderes ocultos y tantas virtudes medicinales: Aristóteles mismo ya aconsejaba: "Si se toma su polvillo preserva contra los venenos mortales, impide la caída de los cabellos y las excoiaciones de la piel. La costumbre de mirarla, disipa los oscurecimientos de la vista. Llevada como collar o en el anillo, previene de la epilepsia".

Más tarde, los médicos árabes proclamaron que es eficaz en los casos de hemorragias y en los flujos de sangre; para luchar contra la lepra tuberculosa (sic) contra la tiña rebelde y, según Razés, si una víbora mira una esmeralda, se le caen los ojos.

Admirémonos de la ingenuidad antigua y lamentemos que todas esas virtudes hayan quedado sólo como recuerdos pintorescos a los que, aún hay gentes que se aferran). Y, los lapidarios orientales antiguos y los occidentales de la Edad Media, mantuvieron ese crédito de la esmeralda, hasta cuando solamente Jean Renou ya citado, habla escépticamente de esta piedra. Sinembargo, aún Jean Fabre en su "Pharmacopea Chimica" de 1628, da el modo operatorio para obtener la "quinta-esencia" de la esmeralda que es tanto o más complicada que para el rubí; por lo que se deduce que, para esa época todavía gozaba de crédito aquel medicamento espagírico, del cual sólo podían servirse los Príncipes y grandes Señores.

Notemos que, hasta aquí, a las piedras preciosas se les atribuía, sobre todo, virtudes anti-tóxicas y, a ellas se acudían en los casos desesperados. Se ve, por ello que la Humanidad ha tenido siempre al veneno, como el agente insidioso y fatal del crimen y, desprovisto, hasta cierta época, de medios más efectivos para luchar o descubrir rápidamente a ese enemigo; acudió a las misteriosas e hipotéticas virtudes de las gemas.

Pero las virtudes de la esmeralda, no paraban en eso: según los antiguos médicos y astrólogos, si se le colgaba al cuello de los niños, impedía los accesos epilépticos; si se la llevaba al dedo, prevenía del "mal caduco", si se la adhería ligada a la nalga de una parturienta, apresuraba el alumbramiento y, si por el contrario, se la ponía sobre el

vientre, demoraba el parto y, en fin, puesta dentro de la boca, detenía la hemorragia y, muchos creían que afirmaba la memoria.

Familia del Cuarzo.—Comprende el cuarzo, el cristal de roca, el ágata, la amatista, la crisopasia, la cornalina, el jaspe y el ónix.

Veremos rápidamente las propiedades, usos y simbolismos de estas entidades mineralógicas.

Cuarzo y cristal de roca.—Químicamente idénticas, por su composición de sílice pura, apenas difieren por estar más o menos impurificadas por óxidos metálicos.

En opinión del médico árabe Ibn Baitar, los griegos usaban el cristal de roca, en forma externa, contra el entorpecimiento de los miembros contra la disminución de la leche, en las nodrizas, frotando los senos con el cristal. Así mismo contra la pesantez de la lengua y la tartamudez y, cuando el parto se presentaba difícil, adherían la piedra contra las caderas de la parturienta.

Estas creencias y prácticas tuvieron eco, hasta el 1600, en que todavía se lo usó para calmar también las fiebres, puesto bajo la lengua y, se reputaba bueno también, contra la disentería, los vértigos y las pesadillas. Boot aconsejaba a los febricitantes, para distraerse, manejar un cristal de buen tamaño y de forma esférica "mojándolo en agua de rosas, después de que se hubiera calentado en las manos del enfermo".

Este mismo autor aconsejaba mezclar el polvo del cristal de roca con vino, para combatir la disentería; o con vino, miel o caldo, para provocar la abundancia de leche en las nodrizas; con aceite de almendras dulces "para currar al instante los accesos de "flujo colérico", para romper las piedras o cálculos y sacarlos a afuera con la orina".

Estudiadas estas propiedades y virtudes por los viejos alquimistas, dedujeron que, si se lograba preparar una sal o esencia con el cristal de roca, se alcanzaría mejores y más variados efectos.

Y, a ésto se aplicaron, logrando elaborar una complicadísima técnica, también descrita por Boot, para obtener la "quinta-esencia" del cristal de roca, que según ellos, era remedio contra todas las obstrucciones de las entrañas, según el testimonio de quercitanus y, "porque disuelve el tártaro en el hombre, conviene a los gotosos; además actúan en los síncope y dolores de cabeza, reconfortando el cerebro".

Huelga decir que la preparación de esas pócimas demandaba un gran trabajo, mucho tiempo y la intervención de muchos otros cuerpos como el vitriolo, el nitro, el agua de rábano, el "azufre agrio", etc., etc.

Cuando aparece Moises Charas y publica su célebre "Farmacia Real, Galénica y Química", en 1682, se empieza a dudar de tantas vir-

tudes del cristal de roca y, este autor a lo más concede que "la mejor preparación del cristal de roca, será la que se haga con menos violencia a su naturaleza y que cambie, lo menos posible, sus cualidades". Más tarde desaparecerán todas esas antojadizas cualidades y, ya ninguna farmacopea incluirá preparados a base de cristal de roca.

El Agata.—Según Marbode, el nombre de esta piedra viene del río **Achates**, en Sicilia, a cuyas orillas se la encontró por primera vez, hace muchísimos años y fue conocido también por los griegos y los árabes. Estos últimos ya la usaron triturada en polvo finísimo, suspendido en leche de mujer, para las inflamaciones y lagrimeo de los ojos.

Jean de Mandeville, el atribuye efectos seguros contra los dolores de cabeza, detiene los menstruos de la mujer, facilita y acelera el parto y, era contraria a toda "**hidropesía cálida**".

Entre las virtudes misteriosas Brequen dice que el ágata conserva la castidad y Bondaroy asegura que "hace al hombre buen conversador, gracioso en palabras, agradable a Dios y al mundo" y que, puesta en la boca, calma la sed y, en fin, preserva contra las mordeduras de los animales venenosos y, especialmente, del temido escorpión.

Amatista.—El nombre de esta piedra proviene de la principal cualidad que le atribuyeron los antiguos: la de preservar de la embriaguez. Porque, en efecto, el nombre está compuesto de la partícula privativa **a** y de **methe**, embriaguez.

Por ello también, griegos y romanos, tallaron lujosas copas de amatista en las que se grababan, frecuentemente, las imágenes de Baco o de Sileno.

Los árabes acogieron también esta tradición y, el ya citado médico Ibn Baitar dice que: "quien bebe en copa de amatista, no se embriaga, por más grande que sea la copa que consuma".

La amatista es púrpura o violeta, y, como dice el poeta: "se diría una gota de vino puro, aunque algunas un poco marchitas, se desvanecen hacia el blanco; es como si esas mezclas o el agua, hubiesen corrompido el rojo vino".—Quizás por esas analogías y, por aquella del "**simili similibus curantor**", los antiguos llamaron amatista a esta hermosa piedra.

Y, esta idea se extiende hasta las épocas de Boetio, de Bondaroy y de Mandeville que exalta las virtudes, de la amatista, Mandeville, especialmente, aseguraba que la piedra puesta sobre el ombligo de un hombre ebrio, le curaba rápidamente su embriaguez. Además, a la amatista se atribuía la virtud de provocar el sueño, disipar los malos pensamientos, dar viveza al espíritu y, una hermosa tez a las mujeres".

Crisoprasia.—Llamada también "**calcedonia verde**", procede de la India y de Etiopía. La tradición reconoce a esta piedra, la virtud de asegurar el triunfo en los litigios y en los combates, cuando se la lleva perforada.—En los escritos de Boot se asegura que esta piedra reconforta la vista, alegra el corazón, aleja las pasiones, el miedo y rechaza los asaltos del demonio.

Cornalina.—Es la misma calcedonia, pero de color rojo. Se la denomina también sardonio o sardio. El verdadero sardio tiene un hermoso color pardo en transición al anaranjado. Se lo encuentra siempre donde hay ágatas. Nosotros lo hemos encontrado en Loja. Las calidades más finas proceden del valle del Yemen y de las riberas del mar griego.

Los árabes la usaban pulverizada para limpiar el tártaro dentario, afirmar los dientes flojos y para detener las hemorragias más obstinadas. Berque, en el siglo XVI opinaba que "**calma los dolores del cólico**".

Para Alberto el Magno, el sardonio o cornalina gozaba de la virtud de recrear el espíritu, disipar el temor, impartir audacia, impedir los encantamientos y "**defender el cuerpo contra todas las cosas venenosas provenientes de la corrupción de los humores**".

Boot no cree en esas virtudes; pero si le considera muy eficaz para detener todos los flujos de sangre, evitar los falsos embarazos, cuando se lleva ligada al vientre, curar todos los tumores cálidos cuando se aplica sobre ellos. Además cree, "**si se hace tomar en vino liviano y clarete, el polvo de cornalina, actúa contra todos los flujos de sangre; descarga y corrige los dientes sucios cuando se los frota con ella; se dice que agudiza el espíritu, que disipa los malos sueños y resiste a la malignidad del odio**".

El Jaspe, que no es más que una variedad listada de la calcedonia, debe tener las mismas cualidades. Pero el mismo Boot cree, además, que: "**cura la apilepsia, disipa los pensamientos enojosos y si se la lleva por costumbre, impide la generación de los cálculos vesicales...**"

El Onix.—Como al jaspe, le atribuyeron virtudes los lapidarios y médicos griegos. El polvo de ónix puesto sobre las heridas que supuran, las cicatriza en breve —decían— y, además, tomado en polvo suspendido en vino, es remedio contra la debilidad del corazón y contra las molestias de la circulación de la sangre y, si se lo pasa por encima de los ojos fuertemente inflamados y sobre la piel atacada de erisipela, pronto se curan esas dolencias.

En la Edad Media gozó de prestigio entre los caballeros y gentes de armas: decían que daba fuerza y poder de mando; hacía intrépido y resistente, sobre todo cuando en la piedra se había grabado la imagen del dios Marte.— Pero, en el siglo XVII, Marbode, en cambio dice que si el ónix "se lo lleva suspendido al cuello o sobre el dedo, la piedra evoca, durante el sueño, a las lemures (genios maléficos femeninos) y toda clase de tristezas".

PIEDRAS SEMI-PRECIOSAS.—Aún a riesgo de cansar la atención de este benévolo auditorio, véome precisado a consignar también, algunos detalles sobre el uso de las llamadas piedras semi-preciosas, de cuya lista, bastante larga por cierto, escogeré las más notables y conocidas, para hablar de ellas contando con vuestro permiso.

En efecto: el grupo de las semi-preciosas, comprende las siguientes entidades mineralógicas: aetita o "**piedra del águila**", imán, jacin-to, crisolita, granate, lápiz-lázzuli, malaquita, ópalo, piedra de Armenia, topacio y turquesa.

La Aetita tomó su nombre del griego. En opinión de Aristóteles, esta piedra procede de la India, aunque también se la conoció en Chipre, en Libia y en Antioquía. Su composición química la identifica como una arcilla ferruginosa. Pero, lo que le diferencia de todas y le ha dado valor terapéutico y misterioso, es el hecho de que, dentro de los granos de aetita, existe un núcleo duro, como una semilla, encerrado en el interior de la piedra y, cuando ésta se agita, emite un sonido más o menos claro, según la calidad y procedencia de la piedra.

Plinio ya distinguió 4 especies de "**piedra del águila**" y, conoció una que, en lugar de contener el núcleo duro, encerraba un líquido.

En esa época de confusiones, algunos atribuían el sonido producido por la piedra, a un espíritu o un alma interior y Zoroastro miraba la aetita como dotada de un gran poder mágico, pues asociaba ésta a la creencia de que esta piedra era llevada por el águila macho, al nido donde pondría sus huevos el águila hembra, con lo cual la postura era fácil y, todos los huevos resultaban fértiles.

Esta creencia la aplicaron a la especie humana y, por eso, Dioscórides, indicaba la siguiente técnica para el uso: "adherida al brazo izquierdo, retiene el feto, aun cuando la matriz esté mal adherida; pero en el momento del parto hay que retirar la piedra y colocarla sobre la nalga; así el parto será sin dolor. Molida y mezclada a ungüento de ciprés, mezclada con vino dulce o en cualquier otra preparación reconfortante, es admirable para los epilépticos".

Otros médicos árabes se hacen eco de estas ideas y, especialmente, Razés dice con respecto a la facilidad del parto: "Es una cosa que la experiencia ha reconocido como verdadera". Y, El Ghafery avanza

más en estas recomendaciones, pues dice que: "se puede pulverizar y mezclarla con la leche de mujer; mojar en ésta un hilo de lana y hacerlo llevar por una mujer que no concibe y con esto y la gracia de Dios, Concebirá pronto".

El Granate.—Propiamente hablando, no existe un solo granate, sino 6 variedades de esta piedra que se diferencia más por su forma de cristalización que por su composición química, pues todos responden a la fórmula de un ortosilicato conteniendo ya sea magnesio, hierro, calcio, cromo o manganeso.— Con respecto a esta piedra, han quedado pocas informaciones de orden médico y farmacéutico. Solo Jean de Renou dice, sin responsabilizarse que, "el granate llevado o tomado, resiste grandemente a la tristeza y alegra mucho el corazón; pero por ser de naturaleza ígnea, hace daño al cerebro, remueve la sangre y desata la cólera".

El "Jacinto".—Tradicionalmente se conoce con este nombre, una piedra preciosa de un color amarillo tirando al rojo. Según Littré, se trata más bien de una variedad de topacio o de granate o aún de cuarzo de un color amarillo-miel. Según Pomet, se distinguen 4 variedades de jacintos: el jacinto suave o "de leche"; el jacinto rojizo que viene de Polonia, Bohemia y Silesia y es de color blanco mezclado de rojo o amarillo y, el jacinto de Francia, llamado también "jargon" o falso jacinto, de color rojo brillante y del tamaño de la cabeza de un alfiler.

En medicina se usó el de la primera variedad o "jacinto de leche". En Roma se usó ya un famoso "electuario" contra las fiebres. Esa pócima era un poli-fármaco endiablado en su composición y modo de prepararlo. Constaba nada menos que de 32 ingredientes: minerales, vegetales y animales. Entre los primeros estaba el jacinto, la esmeralda oriental, el zafiro, el topacio y el granate.— Según Marbode todos los jacintos tienen "una virtud confortativa; ahuyentan la tristeza y las vanas sospechas". Y Cardan pretendía que esta piedra protege del rayo, de la peste; que hace dormir; hace alegre y de buen consejo al que lo lleva y, previene de contagios" Nicolás Lemery advierte o sospecha, por lo menos, la condición alcalina de la piedra lo cual "endulza y amortigua los ácidos del cuerpo detiene los flujos del vientre y las hemorragias".

Pero es solo Beaumé, en el siglo XVIII que rechaza rotundamente las pretendidas propiedades medicinales del jacinto porque "como todas esas sustancias (las que componían la antigua fórmula del poli-fármaco) son inatacables e insolubles por vía húmeda en los líquidos ácidos o alcalinos, pueden ser consideradas como desprovistas de virtudes medicinales".

Sin embargo, aún el Códex de 1884, da todavía una fórmula para la confección de jacinto (sin jacintos, desde luego) y que era reputada como estomacal y absorbente. Y, a propósito de ella, Dorvault, casi contemporáneo, se queja que en aquella se haya suprimido los jacintos y otras sustancias preciosas inertes. . . .

El Lápez-lázuli.—He aquí un ente mineralógico de difícil clasificación. No hay todavía un perfecto acuerdo entre mineralogistas, químicos y geólogos, para asignarle una composición única, ni satisfactoria.

Parece que se trata de una mezcla petrográfica del mineral llamado "**haüyita**", de color azul, con calcita blanca y pirita de hierro de color de oro. El conjunto le da un hermoso color azul con el que fácilmente se le distingue.

El lápiz-lázuli es originario del Afghanistan, en donde se la explota desde hace más de 6.000 años. Fue conocido ya por los Griegos. Dioscórides y Galeno hacían intervenir el lápiz-lázuli en algunas preparaciones medicinales y, según El-Ghafery el lápiz-lázuli evacúa la bilis y otros humores groseros mezclados a la sangre. Conviene a los sujetos atacados de asma y melancolía; favorece el flujo de las reglas; conviene en las afecciones de la vejiga; hace caer las verrugas, crecer las pestañas y vuelve crespo el cabello (tomen nota de esto los modernos peluqueros de señoras) y, si el lápiz-lázuli que contiene pajitas doradas se pulveriza y se mezcla con el jugo de col-palmisto, es excelente para las úlceras y, por fin, disuelto en vinagre, es empleado con éxito, en fricciones para la "lepra blanca".

El Opalo.—De esta gema no cristalizada y que, propiamente, es un coloide mineral, se ha hecho grandes elogios, se le ha atribuido grandes virtudes y también, grandes poderes maléficos. Es como si la ambigüedad de su composición, se reflejara en la contradicción de sus virtudes.

El nombre le viene del sánscrito: "**upala**" que significa "Cosa preciosa". Es originario de las Indias y fue buscado y aceptado con entusiasmo por los Romanos. Buenos yacimientos de ópalo se encontraron también en Hungría, en Australia, en China y Japón. Recientemente, en Guatemala, se ha descubierto que existen yacimientos de ópalo, de donde proceden los llamados "ópalos de fuego", de rara hermosura.

Plinio hace de estas piedras, el más bello elogio y consigna la anécdota del Senador Nonius que poseía un ópalo de rara belleza y que fue desterrado por el Emperador Marco Antonio, porque rehusó cederle tan hermosa piedra.

Para Boetius Boot, el ópalo era "la más hermosa de todas las gemas y, debe ser preferida a todas las demás, no solamente a causa de su extrema elegancia, sino porque ella refleja y reproduce todos los colores de la luz y, no puede ser falsificado, ni imitado. El ópalo —dice— posee las virtudes de todas las demás piedras preciosas. Ella "recrea el corazón, defiende contra todos los venenos, de los contagios del aire, de la melancolía, de la tristeza y del síncope cardíaco y de otras malignas afecciones. Se atribuye una cosa particular al ópalo y es que, cuando se lo lleva, conserva la vivacidad y la claridad de los ojos".

Y, por si faltaran elogios a esta piedra, Berquen, años más tarde, dice del ópalo que "tiene la propiedad de volver amable a la persona que lo lleva y de conciliar, por este medio, el amor de cada uno; de alegrar el corazón; preservar contra los venenos y de la corrupción del aire, disipar la melancolía, etc., etc."

Pero, en cambio, en el siglo XIX, la tradición popular tenía al ópalo como causante, o por lo menos propenso a atraer sobre las personas, el "**mal de ojo**" y, muchos atribuían a un adorno de ópalo o a un anillo, enfermedades graves y, a veces, **mortales**.

El Topacio.—Su nombre viene de la isla Topazos, en el Mar Rojo. Los antiguos también le llamaron "**crisolito**" y, muchos topacios buenos vienen del Brasil, en donde lo llaman "**diamante del esclavo**".

Es una piedra de la familia de los silicatos y, exactamente, un fluosilicato de aluminio. El color predominante es el amarillo; aunque los hay también azul claro y oscuro, transparentes e incoloros como el agua, verdoso y hasta rosado, aunque de este color es muy raro. En el Brasil se lo encuentra, casi siempre, junto con las turmalinas, los berilos y las agua-marinas.

En la Antigüedad esta piedra gozó de gran predicamento como remedio para el asma, la gota y el insomnio. Y Andreas, Obispo de Cesarea escribe: "Muchos que sufren de la vista, pueden ver pero no distinguen porque sufren de una secreción lechosa y turbia que les impide la nitidez de la visión: el topacio detiene ese flujo. Por esto es la "**piedra de San Mateo**", porque le fue dada para que en su comunidad, curara de la vista". Según el ya citado Marbode, el topacio "espanta los demonios, cuando perforado se lo lleva al cuello, colgado de una crin de asno o suspendida también en el brazo izquierdo".

El topacio gozó también de reputación, para curar la rabia y la frenesía y apaciguar los mares enfurecidos". El citado autor dice textualmente: "Si te sientes que la cólera te arrebató, toma un topacio color vino rojo o amarillo-azafrán y míralo un momento; el cristal ven-

drá en tu socorro y jamás la pasión te hará cometer una acción funesta".

Por su parte, Mandeville aseguraba que, si se bebe el agua en que se lave la piedra; aquella combate la hinchazón del estómago, los dolores del vientre, rompe las piedras (cálculos) y destruye las arenillas". Jean de Renou, aparte de creerle bueno para detener las hemorragias dice que: "llevada la piedra, mantiene alegre a la persona y le impide caer en la locura o la frenesía".

Por último, cerraremos esta quizás ya larga y enojosa descripción, con algo referente a:

Las Perlas.—Sin mencionar otros interesantísimos cuerpos de naturaleza animal, usados también como joyas: el ambar, el coral, etc.

La perla producto de secreción animal, producto noble por excelencia, no pudo dejar de atraer la atención de los antiguos alquimistas y médicos que encontraron en ella motivos para atribuirle virtudes y propiedades medicinales que lindaban con lo misterioso, como misterioso fue su origen, hasta cuando la Química y la Biología, se encargaron de poner en claro su formación y su composición: un cuerpo mineral, el carbonato de calcio; un cuerpo orgánico, la conquiolina y agua.

La perla enalzada en la lírica y en la Mitología antigua, fue objeto de estimación y de codicia y ha sido siempre, supremo anhelo y signo de distinción, poseer una hermosa perla cuyo "iris" atrajera las miradas sobre la feliz dueña de ella. Y, si de una concha nació la Venus mitológica, como nos pintara Botticelli, fue porque no se pudo encontrar cuna más rara, ni más misteriosa, para ella, que la que abrigó a la perla.

Los médicos árabes, siguiendo a Aristóteles, conocieron y prepararon un "**licor de perlas**", usado como colirio para los ojos y para hacer desaparecer las quemaduras del sol en la piel y la rubicundez.

Y, simultáneamente, los árabes atribuyeron a las perlas, efectos misteriosos y psicológicos. Mandeville, en el siglo XIV, transcribe los textos árabes y dice, además que: "las perlas calman la ira y la melancolía; dan alegría y reconfortan el corazón; procuran la paz y la concordia; reaniman el pensamiento y dan buena memoria a la persona".

Quizás, ninguno de los materiales preciosos, mereció como la perla, la atención de la técnica, para obtener un gran número de preparados medicinales. Todos los antiguos autores concuerdan en atribuirle usos y virtudes maravillosas. Bueno, pues; aquello de saber que se tragaba unas perlas de gran valor, era como para tener la seguridad de que, "**por el gasto hecho**", el beneficio sería equivalente.

Boetius de Boot, tantas veces citado, en el siglo XVII, habla con gran entusiasmo de las perlas, pues dice: "fortalecen el corazón y el espíritu. Resisten a toda clase de venenos, a la peste y a la corrupción; recrean el espíritu, destierran las afecciones cardíacas y melancólicas. Legítimamente preparadas, conservan la substancia del corazón; son muy útiles en los ataques de la tisis, del marasmo y de las fiebres ardientes o pestilenciales; son provechosas contra el flujo de sangre y todos los demás flujos del vientre. Corroboran el cerebro y los nervios y, secan las lágrimas y fluxiones de los ojos, cuando se las mezcla con manteca fresca o incorporadas en otros colirios; corrijen la leche de las mujeres y la hacen venir".

Y, este mismo autor indica las formas de preparar aquellos medicamentos, partiendo siempre del polvo de perlas. Y, cosa rara: la perla es tratada con una delicadeza tal que primero hay que lavarlas y limpiarlas de toda impureza, con agua de rosas, de clavos de olor, de claveles, de violetas o de melisa y molerlas, no sobre ningún metal que las impurificaría y perjudicaría sus virtudes; sino sobre pórfido o mármol, porque dice: "los pequeños fragmentos de metal, se introducen fácilmente en las perlas, que son extremadamente enemigos de nuestra naturaleza y pueden dar lugar a muy perjudiciales síntomas, como la experiencia lo enseña todos los días".

No para en eso las recomendaciones de Boot. Previene contra las adulteraciones que pueden sufrir los preparados, en manos de boticarios inescrupulosos que pueden substituir la noble y preciosa perla, por materiales viles y ordinarios. Después indica la forma de preparar el "**agua perlada**" que dice, "es admirable para reparar las fuerzas que es **como resucitar muertos**". Y cuando se haya hecho la preparación según la honrada y escrupulosa técnica, hay que guardar el producto, en frasco bien tapado "para que no escapen sus espíritus".

Con el sedimento fresco que queda en los frascos, aconseja preparar tabletas con azúcar y canela. Estas tabletas aprovechan para devolver rápidamente las fuerzas y corregir y reparar la marchitez de los viejos.

Por último da, con lujo de detalles, la forma de preparación de una "**quinta-esencia de perlas**", a la cual le atribuye mayores y más espectaculares virtudes.

Moises Charras, en el último cuarto del siglo XVII, toma también, muy en serio las virtudes y preparaciones de las perlas y, llega a la conclusión de que éstas deben preferirse a las fabricadas con cualquier otra piedra preciosa.

El prestigio de la perla llega hasta la Medicina y la Farmacia del siglo XIX y comienzos del XX, pero quizás en este siglo, se restringe el empleo a los países orientales. El Príncipe Soltykof que visitó el

país de Lahore, en 1842, encontró un vino real del que, cada botella costaba 30 libras esterlinas, porque contenía perlas molidas y, tenía fama de dar, a cualquiera que lo bebía, una fuerza extraordinaria. Es lástima que no se lo siga fabricando y exportando a los países civilizados, en donde se apasiona la gente por el box, la lucha libre y el catch-as-can. . . . Y, aún en la culta y elegante Francia del siglo XX, las perlas han conservado su prestigio psicológico ya, que, llevadas en collares, en anillos o en pulseras, aseguran que imparten confianza y optimismo; lo cual es natural toda vez que, la feliz dueña de una rica y fina perla, siempre tendrá la confianza y la seguridad en su vida, respaldada por la seguridad económica —o sentimental— que le permitió adquirirla.

Hasta aquí, señoras y señores, he llegado con esta cansina charla que, espero haya tenido la virtud de mantener vuestra curiosidad, a pesar de su extensión y monotonía.

Pero, no quisiera terminar, sin decir unas pocas palabras sobre lo que pensamos podría preguntarse, al final de esta conferencia.

Fue verdad o simple ilusión o sugestión, en los pasados tiempos, el uso de las piedras preciosas en Medicina?

En efecto tuvieron o tienen algo que permita catalogarlas entre los medicamentos?

Tantas virtudes y propiedades a ellas atribuidas, no tendrían siquiera un viso de fundamento científico?

Libreme Dios de declararme partidario, ni propagandista incondicional, de todos aquellos menjures y preparaciones antiguas en que figuraron —con mayor o menor crédito— las piedras preciosas.

Pero, tampoco resultaría científico, negar de plano toda posibilidad de efectos, ya que negaríamos de hecho la existencia y las manifestaciones de la energía.

Hasta qué punto podríamos admitir las creencias y prácticas antiguas? Intuyeron los viejos alquimistas y boticarios, el poder recóndito de la energía acumulada en las brillantes facetas de las piedras preciosas?

Preguntas son éstas a las que, en esta noche analizarlas, ni darlas inmediata y categórica respuesta. Cabe solo hacer notar que, a pesar del carácter puramente imaginativo y la ingenuidad o aspecto charlatanesco de las afirmaciones constantes en los antiguos Tratados de Medicina y de Farmacia, sobre las pretendidas virtudes de las piedras preciosas, sería imprudente negar, sistemáticamente, de plano —como decíamos antes— toda eficacia sea al uso externo o al interno de aquellas.

Pero, la historia de las grandes disciplinas científicas, permite contestar: no! Recordemos no más que Jenner imaginó la vacuna va-

riológica, sin conocer en absoluto, la naturaleza de los virus, ni los mecanismos de la inmunización. Las gentes, hace muchísimos años, usaban el sauce —y nosotros seguimos usando el "molle"— contra el reumatismo, el cólico contra la gota, el mercurio contra la sífilis; sin saber por qué razones científicas los remedios encontrados por el empirismo, permitían luchar eficazmente, contra las enfermedades. Por lo general, la intuición primitiva, ha precedido a las conquistas científicas modernas y, es posible encontrar más de un ejemplo en la lito-terapia.

Y, acaso no podríamos encontrar por lo menos, en la ingestión de preparados con piedras preciosas, una reacción orgánica de estímulo mecánico, por lo menos, o quizás la acción catalítica de los minerales frente a los fermentos gástricos, hepáticos y pancreáticos de nuestro organismo? Se perdía toda la energía —o quizás toda la radio-actividad— encerrada en los cristales minerales? No podrían tal vez esas fuerzas actuar, siquiera, en forma indirecta o aun por sugestión, sobre tal o cual enfermedad? Y, en el caso de las perlas, el uso de los fármacos con ellas preparados, si tenía razón de ser, especialmente cuando se los usaba para combatir la acidez gástrica y las úlceras, a causa del poder neutralizante del carbonato de calcio y, quizás también del protectorio de la mucosa gástrica, por la conquitina, que es una proteína.

El uso externo del "agua perlada", indudablemente, no es otra cosa que el antecesor de los "maquillajes líquidos" modernos, hechos a base de talco o de creta (el mismo carbonato de calcio) "**micronizados**" e impalpables.

Quizás bien mirado el uso de la aetita, por su contenido en hierro, podía combatir la anemia y, devolver al individuo la confianza en sí mismo y en sus fuerzas; el cobre de la piedra de Armenia, podía provocar vómitos saludables en el caso de los envenenamientos.

Por otra parte; las largas preparaciones a que se sometían los minerales que entraban en las composiciones de uso interno: pulverización, calcinación, lavados, filtración, etc.; debían permitir que se pongan en libertad ciertas moléculas conteniendo manganeso, cobre, alúminas, arsénico, etc., conocidos hoy con el nombre de "**micro-elementos**" o **micro-nutrientes**", cuyo papel en el metabolismo general, nadie se atrevería a negar, actualmente y que, por el contrario, cuando faltan en los alimentos, se los suministra en forma de inyectables, gracias a los progresos alcanzados, hoy día, por la Farmacia; pero que tienen como antecedentes, aquellas largas y complicadas manipulaciones que se cumplían en los misteriosos laboratorios alquímicos de las épocas pasadas.

Por otra parte; acaso no se han comprobado, desde hace menos de 100 años, las curiosas propiedades piezo-eléctricas de los cristales? Algunos poseen lo que se llama el **"momento eléctrico permanente"**. Son piro-eléctricos; o sea, que pueden desarrollar una débil corriente eléctrica, cuando se los somete a temperaturas entre 30-50°C; entre esos cristales piro-eléctricos, están, justamente, las turmalinas. Acaso esta propiedad no pudo haberse puesto de manifiesto, en los preparados antiguos e influir en la aparición o en la evolución o en el sentido de procesos intra-celulares del organismo humano?

En fin; el tema nos llevaría muy lejos y mejor a un círculo eminentemente científico y, en esta noche, justo es que ya os deje descansar, después de haberme favorecido y honrado con vuestra atención.

A vosotros, gentiles señoras, que me habéis escuchado, he de pedir os perdón por mis aburridoras palabras y, mucho más, por mi irreverencia hacia lo que vosotros tanto admiráis y estimáis: las piedras preciosas, a las que, nunca imaginásteis que habrían servido, en pasadas épocas, para preparar una repugnante pócima, descendiendo de su sitial de joyas destinadas, a acrecentar vuestra hermosura, a brillar sobre vuestros pechos estremecidos por el amor o los suspiros; sobre vuestras manos en las que alguien deposita un beso largo o furtivo, por encima de un anillo en el que titilan las luces de un diamante, o brilla el agua-marina, con reminiscencias de cielo y de mar; o el verde palpitante y misterioso de una esmeralda; o tiembla la gota de sangre de un rubí; o sobre la corona de oro o de azabache de unos cabellos, en donde lucen toda su realeza, unas perlas engarzadas en el oro salido de las entrañas de la tierra.

Que me perdonen también, todos los artífices que labraron y labran las joyas y manejan las piedras preciosas, con dedicación devota, que lo mismo sirven para coronar una belleza, como para hacer resaltar la dignidad, o son testimonio de autoridad temporal o espiritual. Les pido perdón, también, a todos esos viejos lapidarios del Egipto misterioso, de la Grecia artista, de la Arabia embrujada y soñadora y, a los modernos de Amsterdam, de Friburgo, de Brisgovia y de Idar-Oberstein, la **"ciudad de las piedras preciosas"**, que hicieron y hacen de su oficio, un arte delicado y maravilloso, para despertar, como por encanto, la irisación, la vida misteriosa del tosco material que llegaba a sus talleres, desprendido de las rocas y, humedecido con el sudor de anónimos mineros.

Gracias, señoras y señores, y, para terminar quede flotando, como una nube piadosa, sobre mis torpes palabras de esta noche, los maravillosos versos de un fragmento de **"El Misterio de los Opalos"**, del poeta chileno Jorge González y que dicen:

"Sus manos están llenas de ópalos y de perlas,
símbolos de tristezas y alegrías; al verlas
sonríen las estrellas; y las flores dormidas
que no pueden mirarlas sueñan estremecidas,
porque el reflejo vivo de las piedras preciosas
algo de su misterio fija sobre las almas y las cosas".

